

ABRAZO EMOCIONADO A KOLDO MICHELENA

Agradezco vivamente el honor que, a través de la profesora Maite Echenique, me han discernido las autoridades de la Universidad del País Vasco para intervenir en esta mesa redonda como homenaje al Doctor Michelena. No he podido rehusar tan halagüeña invitación: primero por la calidad de la intermediaria, después por fidelidad a la memoria de un amigo. Y ello a pesar de creer en la inocuidad de mi presencia aquí, rodeado de quienes conocen mejor que yo la labor científica de Koldo Michelena. Nada podré añadir a lo que hayan dicho los profesores Pascual, De Hoz etc., pues la lingüística indoeuropea y la vasca andan un poco lejos de mis actividades habituales. De lo único que puedo hablar, con razonable conocimiento de causa, es del hombre y del amigo. Lo cual no es poco, y aunque en su día ya escribí sorprendido por su súbita partida, ahora, sosegado el rencor contra lo inevitable y aquietado por el bálsamo eficaz del paso del tiempo, me complace volver la vista a los recovecos polvorientos del recuerdo e iluminar viejas escenas que perduran firmes en su aparente y escondido abandono.

A menudo me pregunto qué ocultas afinidades anudaron rápidamente nuestra amistad, cuando nuestra «estructura superficial» se revelaba distinta y aun opuesta. Y no me refiero al aspecto físico, tan patentemente diverso: él alto y yo menguado; él ornado de recia cabellera, y yo tempranamente encalvecido; él creyente reflexivo, y yo agnóstico por libre; él locuaz, enérgico y nervioso, y yo taciturno, indiferente y pasivo. Claro es que estas últimas cualidades responden ya a estratos más profundos de la personalidad. Michelena era apasionado y yo un escéptico: él defendía rabiosamente la verdad, mientras que yo, aun persuadido de ella, no he puesto nunca la carne en el asador. En la tumultuosa avenida de la vida, Michelena braceó de indignación contra corriente; yo me he limitado a sonreír, encogiéndome de hombros y convencido de la inutilidad de todos los esfuerzos contra «la bêtise humaine» que tanto odiaba Flaubert. En un punto coincidíamos, sin embargo: la ironía. La suya era más contundente y podía llegar al dolorido sarcasmo; la mía, si se puede decir, es menos directa y trascendente, aunque no más piadosa en su intención corrosiva. Hay que reconocer, no obstante, que con esta actitud nuestra no ha llegado nunca la sangre al río, ante todo porque los destinatarios no suelen estar dotados de la suficiente perspicacia para captarla y, en cambio, ostentan espesas capas de defensas paquidérmicas.

Es posible que estas diferencias procedan del tramo cronológico que nos separaba: siete años. El septenio es la unidad con que se deben medir las edades del hombre: hasta los siete años se es niño puro y espontáneo; hasta los catorce se adquieren los maleficios del contorno adulto; y en la tercera edad, hasta los veintiuno (el hito que antes asignaba la mayoría), se configuran definitivamente las virtudes y los defectos que luciremos en el resto de nuestros tramos vitales. La tercera edad de Michelena transcurrió entre la recesión económica posterior a 1929 y el funesto comienzo del «inciso» en 1936, precisamente cuando yo entraba en mi tercer tramo de andadura terráquea. En otras palabras: yo fui de «los que no fuimos a la guerra»; Koldo, en

cambio, fue sorbido y arrastrado por ella, la vivió, la padeció durante siete penosas estaciones y, si no murió en el calvario, fue porque luchó según dijo el poeta, «hasta seguir viviendo todavía». Es verdad: en aquellos años,

No hubo elección:
murió quien pudo,
quien no pudo morir continuó andando,
los árboles nevaban lentos frutos,
era verano, invierno, todo un año
o más quizá: era la vida
entera
aquel enorme día de combate.

Ahora bien, nuestro entendimiento creo que procede de raíces oscuras más antiguas. Confiesa Michelena:

Era muy tímido, enormemente tímido; esa ha sido mi característica fundamental. Me resultaba muy penoso relacionarme con los demás. He sufrido mucho por esta razón, aunque luego, con la edad y las tortas, he perdido la timidez y la vergüenza; las dos al mismo tiempo...

Esa incapacidad para exigir de los demás lo que se cree merecer en realidad nunca abandonó a Michelena. En sus palabras exagera: si los tiempos lo curtieron ciertamente a tortazo limpio, nunca perdió ni la timidez ni la vergüenza. Solo la convicción de defender la verdad pudo doblegar sus encogimientos y obligarle a actuar seguro y respaldado; solo de la fidelidad a los principios, con desinterés y pureza, pudo conseguir el dominio de sus debilidades. Lo refleja bien la anécdota de cuando tuvo que vocear periódicos: caminaba, dice,

con la conciencia cada vez más angustiosa de que tenía que gritar y no me atrevía a hacerlo. Por fin, a la segunda vuelta, abrí la boca, pero no me oyó nadie. Levanté más la voz y no pasó nada: alguno que otro volvía la cabeza sin mayor interés. Luego ya, con la costumbre, se fue haciendo más fácil, aunque todos los sábados por la tarde volvía a sentir retortijones de tripas.

Con humor e ironía se retrata, con el verdadero humor proyectado sobre sí mismo. Pero justifica bien las razones éticas de su comportamiento:

Como nunca he sido capaz de embarcar a otros quedándome yo en tierra, no tuve más remedio que dar un paso al frente.

Con actitud gallarda, haciendo fuerza de flaqueza, Michelena nunca se amilanó, la cabeza erigida, la mirada abierta y expectante.

Fuera por aquella timidez, fuera por la seguridad que da el estar en el secreto, el caso es que congeniamos desde que nos conocimos personalmente. Ya lo he contado en otra ocasión. Fue en Salamanca, en el año 1955, cuando el congreso internacional de onomástica. Una noche, descansando de las rudas tareas de ponencias y comunicaciones, solitario en un café de la Plaza, descubrí sentados a dos caballeros discutiendo, con calor no desprovisto de medida, sobre cuestiones lingüísticas. El vicio del oficio me impulsó a acercarme a semejante pareja cervantina: uno, alto,

magro, desarticulado casi en sus ademanes; otro, más pequeño, de más tomo y pausa, pero no menos enardecido de dicción. Eran Michelena y el hispanista Molho. Ahí empezó nuestra amistad, entre copa y copa demorada, en un coloquio largo y andante por las rúas silenciosas de la madrugada, bogando entre las sirtes metodológicas de la ciencia. Conocíamos mutuamente nuestra letra impresa. Yo lo descubrí en el *BSVAP* y en *Emérita*, en el instituto de Logroño, buscando datos para un trabajillo de toponimia riojana y procurando aclarar algunas menciones medievales del Cartulario de San Millán de la Cogolla (tan chapucera editado por don Luciano Serrano, O.S.B.). Bastantes topónimos olían a vascuence, y tuve que manejar en la biblioteca el Azkue, y hasta empecé a estudiar la añosa lengua por una gramática en francés del siglo pasado, la de Van Eys. No pasó la cosa de un breve intento, porque urgía más la preparación de las oposiciones de universidad; pero me quedó el interés por su historia, más tarde alimentado por las sucesivas publicaciones, siempre densas y sugerentes, de Michelena.

Hasta aquel momento yo sólo había descubierto al sabio. Hablábamos de Martinet, de Menéndez Pidal, de la lenición consonántica, de las glosas emilianenses y de si el aprendiz de monje que puso en sus entrelíneas las aún oscuras palabras *izioqui dugu* y *guc ajutuezdugu* era navarro o riojano o alavés. Ya nos fuimos viendo paulatinamente la antena cuando departimos de literatura. Y enseguida, después de confesar su truncada vocación de novelista, fuimos entrando por terrenos más personales con sus circunstancias históricas. La confianza sustituyó a la circunspección y del Luis pasamos al Koldo. Ya recordamos, creo que sin exceso de acritud, tantos episodios inconvenientes y nefastos que no es preciso consignar ahora para no cultivar la saña vieja. Porque bien escribió Michelena:

Los hechos históricos no son lamentables ni laudables; hay condicionamientos que hacen que ocurran así y no de otra manera.

Serenidad y resignación las de estas palabras que no impiden ni la crítica ni la ironía. En efecto, lo que nos ocurre en cada presente sucesivo se sufre o se goza en simultaneidad: hay una fatalidad sin vuelta de hoja, y después es inútil la loa o el treno. Lo que fue, fue; y se acabó.

Ejemplo del estoicismo de Michelena lo encontramos en ciertos pasajes de la entrevista que le hizo Ibarzabal. Cuando durante su prisión esperaba convencido el fusilamiento, comenta:

Es curioso; si te haces a la idea de que va a ser así, es bastante menos duro de lo que parece... Tengo muy buen recuerdo de aquellos días. Me costó tragarme la idea de que me mataban, pero cuando lo conseguí tuve una agradable sensación de sosiego, de calma, de estar un poco por encima de las cosas...

Y no falta el golpe de humor al referirse a que una red clandestina de información permitía saber de antemano cuándo y a quién de los condenados iban a ejecutar, «algo —dice— que a nosotros, y pese a que fuera un detalle insignificante dentro de la política mundial, nos afectaba bastante...».

Era, en tales circunstancias, Michelena un poco peleón y nada conformista, como lo fue, con todo su cristiano estoicismo, Luis de León: ante la adversidad, y asistido de la justicia eterna, se revolvió incansable, no dio paz a la mano y meneó fulminando el hierro insano de su palabra. Resistió como fray Luis su larga carcelería, y así hubiera podido también decir:

Bien como la ñudosa
carrasca, en alto risco desmochada

con hacha poderosa,
 del ser despedazada
 del hierro torna rica y esforzada,
 querrás hundille y crece
 mayor que de primero, y si porfía
 la lucha, más florece
 y firme al suelo invía
 al que por vencedor ya se tenía.

Venció Michelena y pudo ser catedrático de latín en Torrelavega, donde descubrió que *maqueto* se aplicaba a los no montañeses; y enseguida ocupó en Salamanca la cátedra de Lingüística Indoeuropea que le estaba esperando hacía tanto tiempo. Luego se cumplió su sueño de ver implantada la Universidad del País Vasco, y hacia acá se vino dejando comodidad y paz en aras de su conciencia, integérrima y fiel a sus orígenes. En esta adhesión cordial no siguió la pauta que admiraba en los anarquistas, según confiesa:

estos consideraban —y ¡ojalá nosotros hiciéramos lo mismo!— que mucho más importante que mantener los principios era lograr una vida civilizada.

Pero nuestra amistad no se ciñó a los aspectos científicos y, diríamos, a los avatares históricos durante el transcurso hosco del «inciso». Nos vimos muchas veces en Madrid o en Salamanca. Yo lo invité a Oviedo a hablar del padre Larramendi en la Cátedra Feijóo dedicada al siglo XVIII. ¡Qué bien puso de relieve la capacidad literaria del fraile en alguna descripción de su *Corografía de Guipúzcoa!* Por cierto que años más tarde encontré en este libro el origen vasco de los términos perdurados en el léxico de las viejas herrerías del occidente asturiano. Hacia 1962, conseguí del rector Virgili los fondos necesarios para organizar un cursillo sobre «Las lenguas y los pueblos prerromanos de la Península». Además de Julio Caro Baroja y Antonio Tovar, intervino Michelena. Tuvo el cursillo gran éxito de público. Recuerdo que, como siempre que la ciencia se remonta a las nieblas del pasado y arrostra los riesgos de la ficción, algunos asistentes, en el disparadero de la imaginación, encontraban múltiples restos vivos aunque ajados de los tenebrosos sustratos prerromanos, precélticos y hasta presorotápticos, y fatigaban con preguntas de dislate a los conferenciantes. Koldo, siempre deferente e invitando a la calma y a la reflexión, los despachaba con benevolencia y conformidad.

Tampoco olvidaré mis paradas en Rentería, en aquel grato reducto familiar de Goikokalea, encima de la cestería donde se adiestró Koldo con su padre, cuando Matilde desplegaba la tabla de *fromages* recién traídos del otro lado, y hablábamos de todo, de cine (la erudición de Koldo me anonadaba: yo me había quedado casi estancado en Charles Chaplin), de literatura... Es de lamentar que Michelena, con tan grande sentido literario, hubiese renunciado a la narrativa: su capacidad de observación y recreación, su sensibilidad lírica, sus esguinces irónicos, hubieran hecho de él un gran novelista. En su prosa espontánea se encuentran a menudo iridiscentes y precisas perlas poéticas. Véase, por ejemplo, el párrafo referente a los aviones que bombardeaban y ametrallaban las posiciones en el campo de batalla:

Los tienes encima, los tienes encima, se van, vuelven y los tienes encima; no puedes hacer nada contra ellos, los tienes encima, se van, vuelven y los tienes de nuevo encima, de nuevo encima...

Emocionado pasaje lírico en su sobriedad y eficacia. En estas chácharas, me descubrió Michelena *Tiempo de silencio*. Me envió la novela a Oviedo. La devoré. ¡Qué densidad portentosa!

También hablábamos de chismes político-universitarios. Mis aficiones de caricato le divertían mucho. Mis hipérboles y mis comentarios a los trascendentes le hacían soltar aquella carcajada ritmada con todo el cuerpo y nacida espontánea del fondo del corazón. Creo, sin petulancia, que conmigo se relajaba y deponía las preocupaciones, tanto las graves (que no son de este lugar) como las más livianas: olvidaba la boquilla de mentira que succionaba con ardor buscando un desvanecido relicto de tabaco, y se aquietaba aunque Matilde, devota y bienhechora Tirteafuera, le escamoteara por arte de birlibirloque la copa bienamada y funesta. Nunca discutimos, aunque a veces divergíamos en este o el otro punto, ni siquiera tratando de política, donde tantos dicen que la susceptibilidad de Michelena se encrespaba. Y ahora se me viene a las mientes una anécdota que refleja la espontaneidad cordial de Koldo. En el verano de 1964, fui en coche hasta Rumanía. Aparcado el vehículo junto al lago de Garda, algún italiano avieso me robó la cartera (aunque tuvo el detalle de respetar el equipaje) y me dejó con escasa pecunia. Los colegas rumanos me prestaron cierta cantidad para que se la devolviera por transferencia bancaria. En aquellas calendas, por supuesto, tales operaciones eran imposibles desde aquí. Ordené a la universidad que girara el equivalente en pesetas a Michelena, para que yo, al regreso, pudiera enviarlas trastrocadas en francos franceses a Rumanía. Al llegar a Rentería, estaba Koldo inquieto con aquellos billetes metidos en una bolsita de plástico, impaciente por entregármelos como si le quemasen. Al manifestarle en el hotel que no corría tanta prisa ir a buscar el dinero a su casa, donde él lo tenía a buen recaudo, objetó todo apurado y con un brillo pícaro en la pupila: «Es que, ¿sabes?, nunca había visto tantos billetes juntos!» Ahí se revela la fusión entre la autenticidad del hombre y el humor irónico e inteligente aplicado a las propias y duras carencias de tantos años. Es el mismo humor que, con amargura aceptada y voluntaria sonrisa, resplandece en la respuesta que da a la pregunta del entrevistador acerca del porqué de no haber sido fusilado: «Hombre, yo era un infeliz; hubiera sido muy injusto...» Pero de esto, más vale ya callar y repetir los versos de Blas de Otero:

Silencio.
Y más silencio. Y voluntad de vida
a contra viento y contra tiempo.

Quiero terminar. Veo a Koldo por última vez, aún con el brazo escayolado, bajando por las escaleras del antiguo semillero eclesiástico de Vitoria, entonces Facultad de «la cosa nostra», entre azulejos de balneario para proyectos, hablando, hablando, hablando, agudo, entusiasta y crítico, y a la vez amargadas sus ilusiones por las heces de la incomprensión. Tuvo aún tiempo de lucubrar, a petición mía, sobre el misterioso término de Gazteiz, y de manifestar sus reticencias sobre un posible romance alavés, en el que yo sí creía contagiado por los argumentos de nuestra gentil organizadora. Ya no nos vimos más. Me fui con un poso dolorido. ¿Presentimientos? No lo sé. La mirada clara y sonrisada de Koldo, enfocada hacia adentro, parecía estar leyendo, y asintiendo a los versos de César Vallejo:

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me fui, digo, me voy: y, como el poeta, a la Sombra aquí presente «le doy un abrazo, emocionado. ¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...».

Oviedo, julio 1992

EMILIO ALARCOS LLORACH